

CRÍISIS AGRÍCOLA Y ESCASEZ

Ignacio HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ

Para nadie es desconocido el hecho de que la década de los 70 se inicia con los pronósticos, unas veces ciertos, otros alarmistas y catas-

⁹ Confederación Nacional Campesina (CNC), Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), Consejo Agrarista Mexicano (CAM), Central Campesina Independiente (CCI de Garzón), Central Campesina Independiente (CCI de Danzós Palomino).

tróficos, de que el mundo está a punto de sufrir una hambruna de magnitudes incalculables, debida esencialmente —dicen— a la desigual carrera que siguen la producción de alimentos y el crecimiento de la población. Sin embargo, en el fondo de las lamentaciones y quejas de los más conspicuos especialistas burgueses, se encuentra el problema de para quién se producen los alimentos, y en general todas las mercancías, en la sociedad capitalista: es claro que para «el mercado»; quien tiene capacidad de compra puede acceder a éste, y es precisamente para el que se produce. De ahí que el problema de la posible hambruna que sufrirá el mundo, se encuentre en lo fundamental en las contradicciones más profundas del capitalismo, y no en los problemas de carácter técnico, de capital, etcétera, con los que a menudo se hace tanta propaganda.

Nuestro país no podía escapar a esta serie de procesos, pues sobre todo a partir de 1970, se empieza a expresar por los más diversos medios, que la agricultura mexicana entra en una crisis que le resta posibilidades de cumplir con las funciones que el proceso del desarrollo del país le había asignado: proveer de alimentos a la población, aportar —mediante el comercio exterior— parte de las divisas necesarias para importar equipos y proveer de materias primas a determinadas ramas industriales.

Que la agricultura mexicana enfrenta en la actualidad más serios problemas que en el pasado, lo pone de manifiesto el hecho de que, a diferencia de años anteriores, su ritmo de crecimiento es mucho menor: en 1970-71 apenas fue del 1.9 por ciento, en 1971-1972 decreció en 1.8 por ciento y en 1972-1973 apenas creció en un 1.7 por ciento.¹ Sin embargo, el hecho de que la producción haya experimentado tal baja en su ritmo de crecimiento, no explica ni demuestra por sí solo que las funciones tradicionalmente cumplidas por la agricultura en la estructura productiva del país, estén en crisis. Para poder analizar con un poco de mayor cuidado en dónde se encuentran las causas esenciales de la baja en la producción agrícola, y si ésta pone en peligro las funciones de la misma, tenemos que abordar algunas de las características básicas de la estructura productiva de la agricultura.

En primer lugar, la superficie total cosechada de los 15 productos más importantes (que suman entre 13 y 14 millones de hectáreas, experimentó una disminución de 532 mil hectáreas entre 1970 y 1971 y aumentó en 200 mil hectáreas durante 1971-1972. Sin embargo, la superficie que disminuyó fue la dedicada al cultivo del maíz, el trigo,

¹ *La economía mexicana en cifras*. Nacional Financiera. México, 1974.

el frijol y el ajonjolí, en tanto que aumentó la dedicada al algodón, semilla de algodón y henequén.²

En segundo lugar, el volumen cosechado de tales 15 productos (que suman entre 62.7 y 64.9 millones de toneladas) experimentó crecimientos del 3.4 por ciento y 0.2 por ciento en 1970-71 y 1971-1972, respectivamente. No obstante, los productos cuyos volúmenes de producción disminuyeron fueron el trigo, la caña de azúcar, el frijol, el arroz, el sorgo y el ajonjolí, en tanto que aumentaron los del algodón, la semilla de algodón, la naranja y la alfalfa.³

En tercer lugar, el valor de las cosechas de los mismos 15 productos (que suman entre 25 219 y 27 269 millones de pesos), se incrementó en un 8.6 por ciento en 1970-1971 y disminuyó en un 0.4 por ciento en 1971-1972. Sin embargo, los productos cuyos valores disminuyeron fueron el trigo, el café, el frijol, la naranja, el arroz y el ajonjolí; en tanto que los que experimentaron los más importantes incrementos de valor fueron la caña de azúcar, el algodón, la semilla de algodón, la alfalfa, el jitomate y el henequén.⁴

Como puede observarse, tanto por lo que se refiere a la superficie cosechada como el volumen de la producción y el valor de la misma, los productos que han experimentado los más importantes decrecimientos son aquéllos que tienden a proveer de alimentos a la población, en tanto que los que han crecido son los que se dirigen en buena parte al comercio exterior o hacia ramas industriales del país. Empero, cabe aclarar que varios de ellos, como son el jitomate, el henequén, el algodón, la semilla de algodón, la naranja y el café tuvieron cambios bruscos a la baja y alza en virtud de que su realización se encuentra sometida al mercado internacional, en el que son pocas o nulas las posibilidades de decisión de los agricultores mexicanos.

¿Por qué ha bajado la producción de alimentos? y ¿por qué, aparentemente, está en peligro la función de la agricultura en la estructura de la producción?

En primer lugar, es necesario dejar claro que los cambios habidos en la estructura de la producción agrícola de los últimos años se han debido, en lo fundamental, a las perspectivas de ganancias y acumulación que tienen ante sí los productores que controlan el grueso de la producción. Los dos indicadores más importantes de tal cuestión están, de un lado, en la rentabilidad de los cultivos y, por ende, en el comportamiento de los precios, y de otro, en el aumento de los

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

rendimientos por hectárea. Las dos cosas en íntima relación con el funcionamiento del mercado, tanto nacional como internacional, de alimentos y materias primas agrícolas.

Por lo que toca a la rentabilidad, nos encontramos con que los más importantes incrementos de la misma han sido para el jitomate, naranja, alfalfa, algodón, semilla de algodón, caña de azúcar, henequén y el café. En cambio, el maíz, el frijol, el trigo, el arroz, el sorgo y el ajonjolí han experimentado muy bajos incrementos o incluso han disminuido en su rentabilidad. En el mismo sentido, los productos cuyos precios tuvieron los más fuertes incrementos fueron el algodón, la caña de azúcar, la semilla de algodón, la alfalfa y la copra; en tanto que el maíz y el trigo lo hacían en una muy pequeña proporción; y descendían los del frijol, el arroz, el sorgo, el jitomate y la naranja⁵ (estos dos últimos en virtud de las fluctuaciones del mercado norteamericano).

En cuanto a la elevación de los rendimientos, se observa que en el periodo 1970-1972, los más importantes avances los presentaron el café, el jitomate y la caña de azúcar; cabe aclarar que el maíz y el frijol también tuvieron aumentos en sus rendimientos, pero éstos fueron prácticamente neutralizados por la disminución en las superficies dedicadas a sus cultivos.⁶

Como se podrá observar, son precisamente los alimentos básicos los que han disminuido su participación en el total de la producción agrícola; en el fondo, las causas de tal disminución se encuentran en la orientación que sigue la producción de mercancías en el capitalismo: esto es, el mercado en donde puede realizarse la plusvalía. De ahí que donde se presenten mejores perspectivas de ganancias será hacia donde se oriente la producción, sin importar las necesidades sociales que se requiera satisfacer, la baja de la producción de alimentos básicos puede explicarse aún de manera preliminar por el cambio de las superficies dedicadas a ellos, por otras que ofrezcan mejores perspectivas de ganancia y mejores seguridades al grande o mediano empresario agrícola, como lo ilustran los aumentos y disminuciones experimentadas en las superficies dedicadas a los principales cultivos, cambios que no casualmente han favorecido el aumento en las superficies de productos como el algodón, la semilla de algodón, el jitomate, etcétera.

Ante tal situación, el estado tiene que echar mano de sus recursos para atenuar los efectos de la baja en la producción de alimentos

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*

básicos, con mejores perspectivas de ganancia para los grandes agricultores. Entre las medidas más recientes están la elevación de los precios de garantía para varios productos como son el frijol, el maíz, el trigo, sorgo y otros; la importación de granos —para solventar los faltantes— por la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (CONASUPO)* (al respecto, cabe señalar que de 1971 a 1972, la importación de los cuatro principales productos de origen agrícola se incrementaron de la siguiente manera: el trigo de 146.6 a 681.6 millones de pesos, la avena de 12.0 a 14.6, el maíz de 24.1 a 204.7 y el sorgo de 24.2 a 218.4; en el mismo sentido, la importación total de cereales se incrementó entre los mismos años de 211.3 a 1 032.8 millones de pesos);⁷ la prosecución de las obras de riego, por la que se abrieron al riego 175 mil hectáreas y se mejoraron 58.6 mil de 1970 a 1972; la libre importación de maquinaria para elevar los rendimientos agrícolas; así como los reiterados llamados a la banca privada para que dirija un mayor volumen de créditos al campo; y otras medidas. Todas éstas, en lugar de tender al favorecimiento de los campesinos pobres, han favorecido a los grandes capitalistas del campo, pues son éstos, en última instancia, los que deciden qué producir, en función de las condiciones que priven en el mercado para sus productos, pues la técnica, la maquinaria y demás insumos industriales, sólo se venden a quienes pueden pagar los precios que rigen en el mercado y que suponen, para el industrial, una aceptable tasa de ganancia. Lo mismo ocurre con los créditos y con las inversiones que en las áreas de riego, nuevas o mejoradas, es necesario realizar para volverlas productivas ¿quiénes pueden comprar maquinaria, hacer inversiones o conseguir créditos? Los grandes capitalistas del campo. Con lo que la gran mayoría de los campesinos pobres, quedan al margen de las medidas del estado.

De todo lo planteado resulta claro que, en primer lugar, es falso que la agricultura mexicana empiece a dejar de cumplir las funciones primordiales que tiene asignadas en la estructura de la producción, pues si se han presentado bajas en la producción, han sido precisamente en las de aquellos productos que consumen las grandes masas del pueblo. Si ha experimentado problemas en algunos de los productos de exportación es porque está sometida a las condiciones que impone el mercado internacional. En segundo lugar, lo anterior no debe de extrañarnos, pues en una sociedad de clases como la nuestra

* Empresa estatal dedicada a la comercialización de artículos de primera necesidad.

⁷ *Anuarios de Comercio Exterior, 1971 y 1972.*

la producción no se orienta por las necesidades sociales, sino por el afán de lucro y de acumulación.

Reveladores datos de lo anterior son los siguientes: "de 50 millones de mexicanos, 10 millones no comen carne; 11 millones no comen huevos; 18 millones no toman leche; 34 millones no prueban el pescado y 11 millones no consumen pan de trigo",⁸ en cambio, la producción de tractores aumentó de 3 965 en 1970 a 6 667 unidades en 1972; la producción de fertilizantes pasaba en el mismo lapso de 1.3 millones de toneladas en 1970 a 1.9 millones de toneladas en 1972".⁹

Por otra parte, la política de «solucionar» las carencias de los campesinos mediante la reventa a más bajos precios de los productos que consumen ha fracasado, pues la misma CONASUPO lleva los productos de las grandes empresas —nacionales o extranjeras— hacia las medianas y grandes ciudades y, en muy escasa cantidad, a los sitios donde se les necesita pero no hay capacidad de compra. En este mismo sentido, el estado, al comprarle a las grandes compañías productoras de alimentos a precios más altos que a los que vende al consumidor final, lo que hace es trasladar parte del excedente social hacia tales empresas, con lo que se echa a cuestras el mantenimiento de precios cuya consecuencia es la de disminuir su capacidad de inversión por una parte, mientras consigue aunque sea parcialmente, que no se agraven en extremo las condiciones en que puede sobrevivir la fuerza de trabajo. Tal es el papel del estado y, para cumplirlo, pone en marcha los resortes de su política reformista por la cual, con una mínima e indispensable solución o paliativo a las más inmediatas carencias y demandas del campesinado, logra —aunque no siempre en forma absoluta— atenuar sus protestas y crear un clima propicio para los grandes capitalistas agrícolas.

Por último, el trasfondo de los problemas que hoy experimenta la agricultura, deben ser estudiados más seguramente a la luz de la forma en que se genera y utiliza el excedente económico de esa actividad. En tal sentido, el hecho de que los pequeños productores se enfrenten a serios problemas, no digamos ya para progresar y aspirar a convertirse en medianos productores, en virtud del raquítico estado que guardan sus explotaciones; el que los medianos productores desarrollen una desigual lucha contra los monopolistas y tengan que defenderse de los pequeños y que los grandes empresarios monopolistas dilapiden en consumo suntuario, trasladen parte importante de la plusvalía hacia otros sectores —productivos o no—, todo ello pone de relieve que, en

⁸ *Excelsior*, México, 10 de septiembre de 1974, sección A, pág. 1.

⁹ MARINKA OLIZAR. *Guía a los mercados de México*, México, 1973

última instancia, la baja reinversión puede generar serias limitantes para satisfacer la demanda solvente de productos agrícolas, que hoy se expresa en los de consumo básico, pero que de mantenerse, puede afectar a los de exportación y a los que se dirigen hacia la industria.

De esta manera, lo que está en crisis de la agricultura mexicana, lo que está originando la falta de producción de alimentos como el maíz, el frijol, el trigo, etcétera, es el mantenimiento del esquema de desarrollo de la misma, en el que se posibilitó y facilitó el traslado de gran parte del excedente económico generado en el campo hacia otras actividades, por parte de quienes controlan la propiedad de los medios de producción. De ahí los reiterados llamados a los capitalistas privados, por parte del estado, para arrostrar las condiciones difíciles de la agricultura por la conducción hacia ella de más créditos, inversiones, etcétera. Sin embargo, el hecho de que se tenga conciencia de que es ésta la situación que hay que atacar en el campo, no implica que, a quienes hay que exigirles el sacrificio sea a los campesinos (como cuando se les pide elevar su productividad) pues ello equivale a confundir los intereses y problemas que enfrenta la burguesía con los del proletariado del campo y los campesinos pobres, en aras de un desarrollo económico, que, a más de 50 años de gobierno revolucionario, no se ve —con respecto a los campesinos— por ninguna parte, como no sean en la creciente miseria en que los han sumido los varios regímenes que sólo ha implicado la acumulación y concentración del capital en cada vez menos manos.